

pues de haber puesto en tortura su entendimiento; porque hasta hoy hemos tenido por hipócrita á quien aparenta virtud y probidad en el exterior, nutriendo maldades y crímenes en su corazón; mas este género de hipocresía es singular; se oculta lo que uno es para aparentar lo que quizá no puede ser; si hay en nosotros algo bueno, lo ocultamos, para no dejar ver sino abominaciones y excesos; sin embargo, no podemos dar á semejantes transformaciones otro nombre que el de hipocresía, porque hipocresía quiere decir ficción, y ficción abominable es aparecer en trajes que no convienen al sexo y condición de cada uno; ficción es aparentar ser jóven, siendo anciano; ficción es encubrir un rostro de quince años con una careta de ochenta.

Si por fin las diversiones á que me contraigo no pasasen de una ficción momentánea; si se contentasen los hombres con transformarse en entes ridículos y dementados, podría acaso disimularseles; porque, en resumen, este mundo es un vasto teatro, donde cada cuál hace su papel, y es infinito el número de los necios, como dice el Espíritu divino; yo no vería en todo ello, examinándolo con miradas filosóficas, más que una escena sensible de lo que son la mayor parte de los hombres, por desgracia; las locuras y ridiculeces exteriores no harían más que sensibilizar el trastorno de ideas en las almas irreligiosas. Pero hay más que apariencias y ficciones; hay hechos abominables que se perpetran á favor de estas metamorfosis bacanales.

Sí; se ultraja en ellas á la razón y se desprecia la ley divina, y muchas veces hasta es impudentemente atacada la moral pública, la conciencia de los pueblos y los misterios mismos de la religión. La razón humana se queja con motivo del atentado que contra ella se comete. ¿No es un atentado que un jóven salga por las calles haciendo la persona de un anciano, ridiculizando esta

edad, ante cuyos años y canas venerables se postra hasta el indómito indígena del Indostan? ¿No es un atentado contra la razón natural que arroje la mujer los vestidos que usa toda nación para distinguirla del hombre, para que nadie se atreva á faltar á su pudor ni en público ni en privado? ¿No es un atentado que, prevalido el jóven de la máscara que lo desfigura, se presente ante sus mayores, ó acaso ante sus mismos progenitores, hablándoles como si fueran sus coetáneos, sin sumisión ni respeto? ¿Se dirá acaso que la civilización é ilustración no permiten semejantes actos y desórdenes? ¡Ah! Concedamos esta prerrogativa á la ilustración del Evangelio; ella, para precaver la inmoralidad, la prohíbe de antemano, porque su Autor divino sabe que el modo de que el hombre no se precipite en el crimen es que no se le abra la puerta que conduce á él; que el medio de no caer en los abismos es el de no ponerse en el primer punto del declive que conduce á él. Pero la civilización moderna, la ilustración filosófica, ¿podrán arrogarse la facultad de hacer moral al hombre después de haberle abierto un anchuroso camino de inmoralidad? No, señores; y estamos ciertos que del desorden jamás sale el orden, así como de las tinieblas jamás sale la luz; podrá haber calma después de la tempestad, pero jamás los torbellinos serán causa directa ni indirecta del tiempo bonancible; y del mismo modo diremos, en el orden moral, jamás el desorden es causa del orden; jamás la inmoralidad producirá moralidad. La filosofía pretende hacer morales á los hombres haciéndoles gustar los placeres; la civilización mundana quiere reunir en un mismo hombre la más execrable hipocresía y la más abominable disolución. ¡Ah! No es éste el medio de que haya virtudes en el mundo, ni el de eliminar de la sociedad los vicios, porque la Religión, la razón y la experiencia nos dicen acordes que el hombre lanzado en la carrera del vicio es un

alazan sin freno, que en sus fogosos movimientos no encuentra sino su propia ruina; que nadie puede ser bueno á medias, ni servir al mismo tiempo á Dios y á la carne, y, por fin, que el medio más eficaz para no cometer el crimen, es el ignorarlo. En esto están conformes la religion y la razon; cualquiera otra enseñanza en el particular es abrir la ruta á la desmoralizacion del hombre.

Denunciaria hoy en presencia del santuario otras muchas maldades que se cometen en las reuniones de disfraces; pudiera afirmar que personas tenidas por honradas y virtuosas, no pudiendo ocultarse enteramente, han sido desacreditadas por libertinos atrevidos, señalándolas el dia, la hora y el paraje donde perpetraron tal y cuál maldad; pudiera afirmar que bastó á una jóven el pasar unos momentos en los salones de las bacanales, para perder su honor para siempre; pudiera..., pero prefiero guardar silencio; no quiero ni áun decir que los caudales son malrotados por procurarse trajes tan costosos como ridículos; que de resultas de estas reuniones se ven muchas veces las familias desunidas y arruinadas, y las ciudades empobrecidas, y quizá castigadas por el cielo. Me contentaré con decir mi última razon, para acabar de inspirar en vuestro espíritu un santo horror á las diversiones de nuestros dias; luégo os diré, con el Macabeo: «Subamos ahora á purificar el santuario y á renovarlo.»

Sabido es que todos los males del mundo y de la sociedad tienen su origen en el desenfreno de las pasiones, levantando entre éstas la cabeza, como infernal hidra, la lujuria. Grandes deben ser sus estragos cuando Dios la rodeó de tan fuertes valladares; la encerró desde luégo entre grandes muros que la impidiesen obrar á todas sus anchuras, poniendo contra ella cierta deshonor que acompaña al lujurioso; los miramientos humanos, el honor individual van juntos con las inspiraciones de la gracia

y la razon para salir al encuentro á esta pasion cuando quiere apoderarse del corazon humano. En la mujer es el pudor y la vergüenza, en el hombre el honor del sentimiento, y con estos dos auxilios de la Providencia se conserva una virtud tanto mas fácil de empañarse, cuanto su tersor es más puro. El primero es tan fuerte, sobre todo en el sexo débil, que miéntras una mujer no haya arrojado este freno, no caerá en las inmundicias de la carne, porque aquel temor de manchar su reputacion con una caída la sostiene en una pureza de que quizá está léjos su corazon; aquel sonrojo que aparece en sus mejillas tan pronto como resuena en sus oidos una palabra algo libre, es en cierto modo la enseña de reaccion que llama á todas las potencias del alma, para que acudan con premura á sostener la pureza combatida. El segundo tiene tambien cierta influencia en el corazon del hombre, que le retrae á las veces de la corrupcion; mil llamaradas lujuriosas tienen en continuo movimiento á ese jóven que entra en un salon donde se encuentran reunidas almas virginales; pero el mágico nombre de *honor de caballero* no le permite descubrir sus pensamientos lúbricos ante las que tiene al frente suyo, porque sería indigno de poner los piés en la casa donde cometiera tan grosera falta. ¿Quién no ignora que hay infinitas almas que son castas más por compromiso social que por voluntad? ¿Quién no sabe que existen vírgenes fátuas á quienes nada aprovecha la pureza corporal, por tener su mente manchada con mil ideas impúdicas, como dice San Isidoro? Sin embargo, preciso es confesar que debemos á la Religion divina la nobleza de estos sentimientos, que impiden la publicidad de los pecados de lujuria. El Evangelio ha tenido una fuerza tan mágica en los pueblos donde ha sido predicado, que, á pesar de haber abandonado algunas naciones la Religion verdadera, les han quedado los principios generales, la conciencia

pública, hondamente arraigada en el seno de la sociedad, la cual no permite que nuestras plazas y calles sean manchadas con aquellos excesos de que fueran culpables las naciones antiguas, en las cuales no se conocia el pudor en las mujeres ni el honor en los hombres.

Hay, pues, en lo esencial y accidental de estos excesos la vergüenza intrínseca que procede de la naturaleza del crimen, y reside en nuestra propia conciencia como en su propio santuario, y la vergüenza extrínseca, que tiene su asiento en el espíritu de aquéllos que nos pueden ver; razon porque dijera Séneca que debíamos obrar siempre como si tuviéramos un testigo de nuestras acciones. Pero si desaparecen de la sociedad estos sentimientos de honor individual y público, ¿qué excesos no se cometerán? Al llegar aquí, no puedo ménos de alzar el velo que encubre las abominaciones de los disfraces; se encubren las personas de ambos sexos; pero ¿pueden ocultarse del todo? El hombre y la mujer, ¿no tienen acaso un exterior, unos gestos, unos modales, una voz, un modo de andar que los caracteriza y distingue siempre, por más que se quiera fingir? ¿Podrá haber una trasformacion exterior que engañe? No; la naturaleza no sufre violencias; á pesar suyo, los enmascarados son conocidos; sus modales y maneras les hacen traicion; lo que se encubre y oculta es el rostro, esa expresion de nuestra razon, ese espejo de nuestras almas, esa copia de la razon divina en accion, y es encubierto para que no aparezca la turbacion de nuestra frente, el sonrojo de nuestras mejillas, que son los precursores del crimen, que asoma su cabeza infernal; y teniendo así encerrados entre sombras los indicios de nuestro honor, ¿qué ha de resultar? ¡Ah! Demasiado lo saben todos: entónces se hacen las declaraciones amorosas; entónces la licencia cobra alientos y se ejerce con toda latitud; entónces entra el reinado de la confusion, porque la vergüenza se retira.

Señores, no hablo por experiencia, porque Dios me ha amado tanto, que en mi niñez me trajo al Santuario, retirándome del mundo; por consiguiente, no me he encontrado en posicion de examinar por mí mismo estas abominables escenas; pero tengo una ciencia cierta de que así sucede; el tribunal de la penitencia me lo ha enseñado, y la voz pública hace que á nadie se oculte ni el objeto ni el fin de semejantes invenciones. Nadie ignora que las máscaras son el punto de toda cita á donde se va á decir y hacer lo que ni se dijera ni hiciera en otro lugar y traje; nadie puede dejarlo de saber, cuando con mil trompetas se anuncian cada dia cuatro bailes de máscaras. ¿Y esto es lo que tanto encanta á la sociedad moderna? ¿Y se dirá que la civilizacion ha subido al apogeo de su carrera? ¡Ah, Religion augusta! Tú, despues de haber vencido á la idolatría en mil combates, extirpáras del todo estas abominaciones; muchos siglos pasáran en el Cristianismo sin que se atreviera nadie á cubrir esta frente en que llevamos pintada la Majestad divina, ni estos ojos, que tan noblemente descubren las ideas interiores, ni estas mejillas, en que se pinta el vicio y la virtud, ni esta boca que simboliza los conceptos; pero apareció la herejía enseñando la disolucion, se propagó resucitando las ya olvidadas Saturnales del paganismo, enseñando á los hombres á ser hipócritas y licenciosos, á encubrirse la figura, para ser desvergonzados. Si eso se llama civilizacion, no insulteis ¡oh sábios modernos! no insulteis á Lucrecio y Epicuro, pues os encontrais todos á un mismo nivel; no hay otra diferencia sino que aquéllos eran más francos, pues se daban á los excesos sin hipocresía ni ficcion, y por consiguiente tenian honor, pues no engañaban ni á los padres de familia ni á la sociedad.

Habria yo merecido delante de Dios el dictado de cobarde si no hubiese hablado con esta claridad; tambien

sería injusto á sus ojos y á los vuestros si no dijese que, á pesar de tantos apóstatas como hay en el pueblo santo, no faltan muchos millares de almas que no han doblado su rodilla ante las aras del ídolo de la carne; prueba de ellos sois vosotros, amados míos, pues miéntras los hijos del siglo ofrecen el fétido incienso de los placeres á su infando númen, venís al lugar santo á presentar á Jesus Sacramentado el suave timiama de la oracion pura y fervorosa. ¿Por qué os hallais en el templo? ¿Por qué os alejais de las abominaciones del mundo? Os lo diré en dos palabras, no tanto para dar á vuestra piedad el merecido elogio, cuanto por rendir á la Religion católica el digno homenaje por los saludables sentimientos que inspira: jamás es más altamente ultrajada la Majestad divina que en estos dias; pasan los malos por los ángulos de nuestros templos, donde realmente se halla nuestro amorofo Jesus; lo veis, y no podeis menos de decir con David: «VÍ en la ciudad la contradiccion y el crimen, y me alejé de ella, retirándome á la soledad del santuario.» Sean, pues, firmes y sólidos vuestros propósitos, repitiendo con el mismo Santo Profeta: «No me senté jamás en reuniones de iniquidad, ni me asociaré á los impíos.» Hacedlo así, y merecereis que la Religion coloque sobre vuestras sienes este divino sobreescrito: «Bienaventurado es el hombre que no anduvo en consejo de impíos, ni en camino de pecadores se paró, ni en cátedra de pestilencia se sentó. Sino que en la ley del Señor está su voluntad, y en ella medita dia y noche.» Dichoso será, porque, como el árbol situado junto á fecundante arroyo, dará frutos ópimos de virtud en esta vida, y lauros ganará para la otra, que á todos deseo. Amen.

SERMON MORAL

SOBRE EL ESCÁNDALO.

Necesse est venire scandala; verumtamen vae homini illi per quem scandalum venit!

Es necesario que haya escándalos; pero ¡desgraciado del hombre por quien son causados!

En todo lo criado no reconocen los filósofos mal alguno, pues los mónstruos mismos y los más venenosos insectos son perfecciones de la naturaleza, y realzan la sabiduría del Criador; no sucede así en el órden moral, en el cual necesariamente existen los males, porque dependiendo tanto las buenas como las malas obras del libre albedrío, y siendo el hombre naturalmente propenso á lo malo, es consiguiente que ha de haber en el mundo hombres malos y perversos. Ni por esto hemos de acusar la bondad del Criador, haciéndole autor del mal, siendo él quien conserva á las criaturas que lo causan; porque Dios, por un decreto irrevocable de su sabiduría, determinó concurrir á todas las operaciones de las criaturas, tanto materiales como morales, y si por un momento retirase su mano, dejarían de existir, como dice San Agustín, no sólo el cielo, la tierra, los elementos y todos los cuerpos físicos, sino las almas mismas y los ángeles. Concorre, pues, como conservador universal con el pecador, dándole vida y suministrándole fuerza, áun